

**Homenaje de los salesianos de Don Bosco
de Utrera a
San Francisco de Sales
Patrono de la Familia Salesiana
con ocasión del IV centenario de su muerte**



1622 - 2022

**SAN FRANCISCO DE SALES
Y LA OBRA DE DON BOSCO**

Estos textos proceden de:

VALENTIN VIGUERA, *Espiritualidad Salesiana*. Ed. CCS, Madrid. 1992.

VALENTIN VIGUERA, *San Francisco de Sales*. Ed PALABRA-MADRID 5ª edición, 2015.

Imprime: Imprenta El Furraque
Los Palacios y Vfca.
(Sevilla)

1. LA FIGURA DE SAN FRANCISCO DE SALES EN TIEMPOS DE DON BOSCO

En tiempos de Don Bosco (1815-1888), hacía ya doscientos años que el santo obispo de Ginebra había muerto (1622), dejando una estela de santidad tanto en su vida como en sus escritos, que perduraba en el tiempo. La Orden de la Visitación por él fundada estaba bien implantada en Europa y sus obras fundamentales de espiritualidad seguían editándose en los principales idiomas. A pesar de todo eso, no alcanzó la popularidad de otros santos, a quienes la devoción popular hace dedicar iglesias o, bajo cuyo patrocinio, se asocian los fieles con los fines más diversos.

La figura de este santo, sin embargo, está presente -y de una manera muy viva- entre el clero. La formación seminarística necesita unos puntos de referencia entre los pastores que se han dedicado con celo al servicio de sus fieles y han testimoniado, con el ejemplo de sus vidas, lo que pudiera constituir un modelo de comportamiento pastoral para los futuros sacerdotes. Estos modelos de pastores santos solían ser más bien localistas y no universales. Si, de alguna manera, el santo cura de Ars representa, hoy, un modelo más universal, no lo era en tiempo de Don Bosco, de quien era coetáneo. San Juan María de Vianney vivió entre 1786 y 1859 y a la sazón, era humilde párroco desconocido de un pueblecito pequeño no muy lejos de Lyon. Fue en este servicio pastoral, donde alcanzó la santidad por su heroica entrega a su feligresía. Tampoco San Juan de Ávila, hoy patrono del clero secular español, era conocido fuera de las fronteras de Andalucía, región en la que fue apóstol infatigable, o Santo Tomás de Villanueva en el Levante español. Italia contaba con modelos preclaros como San Carlos Borromeo o San Felipe Neri. Francia vivía bajo el liderazgo del apóstol de la caridad San Vicente de Paúl, Monsieur Vicent.

San Francisco de Sales, saboyano, era admirado tanto en Francia como en Italia, pero de manera particular en la soberana Saboya, en la que el clérigo Juan Bosco se preparaba para el sacerdocio. Hasta el año 1860 fue Turín la capital del estado soberano de Saboya que comprendía la alta Saboya francesa, el Valle de Aosta y el Piamonte. Francisco de Sales era, pues, un santo connacional, tanto para franceses como para italianos. Su vida discurrió por aquella geografía, haciendo frecuentes visitas a la corte de Turín, gozando de la amistad del duque de Saboya y del príncipe del Piamonte, visitando ciudades como Pinerolo, Saluzzo, Carmagnola o Mondoví. De una manera muy particular, la vida de Francisco de Sales se encuentra ligada a la Sábana Santa que se conserva en Turín, ya que su madre veneró la santa reliquia en Annecy, encontrándose encinta de su primogénito, y el obispo de Ginebra tuvo el honor de extender el Santo Sudario en la catedral de Turín, derramando sobre el mismo gotas de su propio sudor¹.

El seminario de Chieri -donde recibió Don Bosco su primera formación clerical- estaba, pues, influido por la figura de San Francisco de Sales que era presentado como modelo por su celo apostólico, su acción misionera en el Chablais y por su profunda vida interior, como queda bien patente, tanto en sus escritos como en su biografía. Entre los jóvenes seminaristas corría, sobre todo, un fascículo de «Máximas de San Francisco de Sales», entresacadas de sus obras, y que reflejan -de manera popular- el sentido de su espiritualidad.

De esta época es digna de recordar una anécdota que refleja la influencia de este santo sobre el clérigo Bosco. Había en el seminario otro clérigo que se apellidaba igualmente Bosco; «sucedió entre los dos un caso, en el que entonces no se reparó, pero que yo recuerdo muy bien. Bromeaban los dos entre sí buscando un so-

¹ V. VIGUERA, *San Francisco de Sales*. Madrid. 1990, p.206.

brenombre para distinguir a cuál de los dos se referían cuando los llamaban. Dijo uno: “yo soy Bosco Níspero. Con ello quería expresar que era de madera dura, nudosa, poco flexible”. Nuestro Don Bosco respondió: “Yo me llamo Bosco de Sales”, esto es, bosque de sauce, madera suave y flexible. Como si desde entonces previese la futura Congregación, con San Francisco de Sales por Patrono, cuya dulzura quería imitar². Pero el mejor testimonio de la influencia de la figura del santo de Ginebra sobre el clérigo Bosco queda reflejado en los propósitos de su ordenación sacerdotal: «la caridad y la dulzura de San Francisco de Sales serán mi norma»³.

Ya sacerdote, Don Bosco prosigue su formación en el *Convitto* de Turín, bajo la dirección de San José Cafasso. En el reglamento de aquella casa lee: «si affida questo Convitto alla speciale protezione di San Francisco di Sales e di San Carlos Borromeo, che simili ne stabilirono e promossero». San José Cafasso gozaba de un gran prestigio ante los jóvenes sacerdotes: Era su formador y su moderador. Hombre profundamente apostólico y espiritual, venía a ser la encarnación de aquel lejano modelo del joven seminarista de Chieri. Don Valentini dice que Don Bosco conoció la moral de San Alfonso de Liguori y la espiritualidad de San Francisco de Sales a través de Don Cafasso⁴. «La misma forma de ser de Don Cafasso evocaba la figura admirada del ‘Salesio’; dulzura, serenidad, optimismo, espíritu conciliador eran las cualidades que lo hacían más semejantes al santo obispo de Ginebra»⁵. El *Convitto* de Turín era un reflejo de la espiritualidad de su director. Allí maduró la espiritualidad del joven sacerdote Juan Bosco. En sus «Memorias del Oratorio» dejó escrito: «Don Cafasso, que desde

² *Memoriaas Biográficas de San Juan Bosco*, Editorial CCS, Madrid 1981-1989, vol. I, p. 329.

³ MBe. I, p. 412.

⁴ E. VALENTINI, *Don Bosco e S. Alfonso*. Salerno 1972, p. 73.

⁵ F. ACCORNERO, *La dottrina spirituale di S. Giuseppe Cafasso*. Turín 1958, p. 205.

hacía seis años era mi guía, fue también mi director espiritual; si algún bien he hecho, se lo debo a este digno eclesiástico, en cuyas manos puse todas mi decisiones, mis estudios y mi propia vida»⁶. No eran palabras entusiastas o retóricas. Basta traer aquí un ejemplo: se trataba de poner un nombre al Oratorio. «Algunos podrían preguntar: ¿cómo y por qué se dedicó el nuevo Oratorio a San Francisco de Sales? Estando todavía en el Convitto sacerdotal, ya había determinado Don Bosco en su interior poner todas sus obras bajo la protección del apóstol del Chablais, pero aguardaba a que Don Cafasso se adelantara a manifestarle su pensamiento sobre este punto. Efectivamente, Don Cafasso dijo su palabra. Encontróse uno de aquellos días con el teólogo Borel; hablaban de las dificultades que encontraba Don Bosco, de la paciencia que manifestaba en todas sus acciones y del continuo progresar del Oratorio. En esto, le hizo notar que, hasta entonces, no lo había puesto bajo la protección especial de un santo patrono. Después de una breve discusión, Don Cafasso nombró a San Francisco de Sales, y el teólogo Borel alabó la propuesta. Don Bosco se adhirió a ellas por tres razones principales. La primera, porque la marquesa de Barolo, para ayudar a Don Bosco, tenía intención de fundar en el Refugio una congregación sacerdotal bajo este título (...). En segundo lugar, porque el ministerio que Don Bosco había empezado a ejercer con la juventud requería mucha paciencia y mansedumbre; por eso quería él ponerse bajo la protección de un santo que fue modelo perfecto de esta virtud. Y una tercera razón le animaba a ello: empezaban a insinuarse por entonces, entre el bajo pueblo del país, sobre todo en Turín, varios errores, especialmente el protestantismo (...). Creía, en suma, que el espíritu de San Francisco de Sales era el más adaptado a los tiempos para la educación e instrucción del pueblo»⁷. Todo esto ocurría a principio de la obra de Don Bosco, en 1844.

⁶ *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*, p. 110.

⁷ MBe II, p.198

Ambos santos fueron ya admirados por el santo obispo de Ginebra. Podría muy bien haberse fijado en las virtudes de todos ellos sin necesidad de personalizarlo en uno solo o, al menos, sin darle una preponderancia tan grande que llegara a ser el Patrono de su obra y diera nombre, no sólo al Oratorio inicial, sino a su misma Congregación.

La figura de San Francisco de Sales, ya notable en sí misma, se agiganta en la obra de Don Bosco. Parece como si Don Bosco, al mismo tiempo que pone toda su obra bajo la protección del santo saboyano, se proyectara en él para proponerlo como modelo propio y de sus colaboradores, en una identificación tan plena que no sabríamos si Don Bosco quería que sus hijos fueran como el apóstol de Chablais o como el humilde sacerdote de Valdocco.

2. ENTUSIASMO Y DEVOCIÓN EN LA CASA DE DON BOSCO

Entre los años 1841 y 1844 Don Bosco vive en el Convitto, bajo la influencia de Don Cafasso, aunque ya dedicado a su obra de la educación de los jóvenes. Un año más tarde, en 1845, Don Bosco publica su «*Storia ecclesiastica ad uso delle scuole*», en la que aparece, adaptado para la juventud, algo de lo mucho que había leído durante aquellos años en los Bolandistas. También aparece un perfil de la figura de San Francisco de Sales, que tan hondamente había calado en su alma:

San Francisco di Sales fu dalla divina Provvidenza suscitato per combattere, e, si può dire, distruggere gli errori di Calvino e di Lutero in quella parte della Savoia che dicesi Chiabrese, e che era stata infetta da quei mostruosi errori. Egli è detto di Sales dal luogo di sua nascita, che è un castello della Savoia. Da giovanetto datosi tutto a Dio, conservato il candore verginale, formossi il cuore a tutte le virtù, specialmente alla dolcezza, alla mansuetudine. Non senza gravi ostacoli da parte del padre, rinunciò alle brillanti offerte del mondo e si consacrò al ministero degli altari. Spinto dalla voce di Dio che lo chiamava a cose straordinarie, colle sole armi della carità egli parte pel Chiabrese. Alla vista delle chiese abbattute, de' monasteri distrutti e delle croci rovesciate, tutto s'accende di zelo e comincia il suo apostolato. Gli eretici schiamazzano, l'insultano, e tentano di assassinarlo. Egli colla pazienza, colle prediche, cogli scritti e con miracoli acqueta ogni tumulto, guadagna gli assassini, disarmo l'inferno e la fede cattolica trionfa per modo che in breve nel solo Chiabrese riconduce al grembo della Chiesa vera più dissettanta mila eretici. Sparsa la fama della sua santità, egli, suo malgrado, fu creato vescovo di Ginebra, risiedendo per altro in Annecy. Quivi raddoppiò il suo zelo, non rifiutandosi anche, quando occorreva, al più umile ufficio dell'ecclesiastico ministero. Dopo una vita consacrata alla maggior gloria di Dio, riverito da popoli, stimato da principi, amato da sommi Pontifici, rispettato dagli stessi eretici, rese a Dio l'anima sua in Lione nell'abitazione del giardiniere della Visitazione, ove aveva voluto pigliare albergo. Era la festa degli Innocenti 1622.

Egli è fondatore dell'Ordine delle monache della Visitazione. Al quale volle che trovassero ricetto quelle che per ragione di età o infer

⁸ G. BOSCO, *Storia ecclesiastica ad uso della gioventu*. S. Benigno Canavese 1877, pp. 356-358

El Oratorio de Valdocco, después del deambular priminitivo, se establece, finalmente, en la casa Pinardi. Allí, como se puede, se hace una capillita que Don Bosco inaugura en la Pascua de 1846 (12 de abril) y dedicada al santo obispo de Ginebra: «Se habían realizado grandes arreglos para instalar la capilla, y también el patio para jugar (...). Dos señoras bienhechoras cubrieron el altar con los manteles de lienzo fino..., el teólogo Borel colocaba los candeleros, la cruz, la lámpara y un pequeño cuadro del patrono San Francisco de Sales. Y Don Bosco bendecía el modesto edificio aquella misma mañana y lo dedicaba al culto divino en honor del Santo»⁹. Los muchachos de Don Bosco frecuentaron aquella capillita desde el 46 al 52. Más tarde, en 1852, Don Bosco construye una verdadera iglesia que sería la cuna y el centro de la salesianidad hasta 1868, fecha en que se inaugura la basílica de María Auxiliadora. De aquella iglesia de San Francisco de Sales, decía Don Giraudi:

La capilla de San Francisco de Sales fue la primera construcción hecha por Don Bosco y, durante 16 años, fue testigo de piedad, de fervor eucarístico y de toda la vida religiosa de centenares y de miles de jovencitos y formados en su escuela (...). En esta capilla, Mamá Margarita observó a Domingo Savio rezando fervorosa y prolongadamente después de la comunión... En ella se formaron los primeros hijos de Don Bosco. Fue ella testigo de las muchas horas de confesonario de Don Bosco y de sus predicciones a los jóvenes. En noviembre de 1860 fue allí donde ocurrió el milagro de la multiplicación de los panes, repartiendo entre casi cuatrocientos chicos los veinte panecillos que había en el cesto. Esta iglesia, convertida en capilla ardiente, acogió el cadáver de Don Bosco en 1888 y el de Don Rúa en 1910...¹⁰.

⁹ *MBe II*, p. 324.

¹⁰ F.GIRAUDI, *L'Oratorio di Don Bosco*. SEI Turín, 1935, pp. 117-119.

En la casa de Don Bosbo, todo estaba bajo la protección del santo de Ginebra: el Oratorio, la capilla. Era lógico que también lo estuvieran los chicos y los colaboradores de Don Bosco¹¹. La vida del Oratorio giraba en torno a la gran fiesta del Santo Patrono:

Ya, en el primer reglamento del Oratorio festivo, Don Bosco había expuesto las razones por la cuales había escogido a San Francisco de Sales como Patrono de su Obra... También el internado, como anteriormente el Oratorio, celebraba con gran solemnidad la fiesta del Santo titular. Por aquellos tiempos tenía lugar, incluso, una procesión con una sencilla, pero graciosa estatua del Santo (...)

Pero hizo más aún con los internos: la fiesta del Santo Patrono era el día en que se repartían los premios a los artesanos y a los estudiantes que se habían distinguido por su buena conducta. El sistema empleado era nuevo: en la semana precedente, cada alumno escribía en un papequito el nombre del compañero que él consideraba digno de premio, y se lo entregaba a Don Bosco. Los que obtenían mayor número de votos recibían su premio en la tarde de la fiesta, delante de sus compañeros y superiores. Pensemos en el valor pedagógico de aquellos premios: hasta la conducta de los jóvenes se premiaba a la luz de la dulzura del Santo Patrono... Escenas de familia que ponen de manifiesto el vivo espíritu de San Francisco de Sales ¹².

El 26 de enero de 1854, Don Bosco se reúne con algunos de sus jóvenes colaboradores y les propone permanecer en él, de manera estable, dedicándose a la educación de la juventud. Nos lo cuenta uno de aquellos jóvenes, el clérigo miguel Rúa: «El 26 de enero de 1854, por la noche, nos reunimos en el aposento de Don Bosco, Rocchietti, Artiglia, Cagliari y Rúa; se nos propuso hacer, con la ayuda de Señor y de San Francisco de Sales, una experiencia de ejercicio práctico de caridad con el prójimo, para llegar más tarde a una promesa y, después, si se veía posible y conveniente, convertirla en voto al Señor. Desde aquella noche se llamó salesianos a los que se propusieron y se propongan tal ejercicio»¹³.

¹¹ *MBe II*, p. 197.

¹² G.FAVINI, *En las fuentes de la vida salesiana*, p. 233.

¹³ *MBe V*, p. 21

Años más tarde, en 1859, aquel grupito inicial toma cuerpo y nace, de hecho, la Pía Sociedad de San Francisco de Sales. «Se reunieron el 9 de diciembre de 1859... Don Bosco expuso lo que era una congregación religiosa... anunció que había llegado la hora de dar forma a la congregación que, desde hacía tiempo, pensaba fundar... Al terminar, dijo que había llegado el momento de decidir si querían dar su nombre o no a la Sociedad, que tomaría -mejor dicho, conservaría- el nombre de San Francisco de Sales... La conferencia de adhesión a la Sociedad de San Francisco de Sales se celebró el 18 de diciembre de 1859¹⁴.

La Obra de Don Bosco iba tomando cuerpo, creciendo constantemente. El fundador reúne a sus directores en torno a la fiesta de San Francisco de Sales se cada año. Más tarde, cuando funda la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, será también, en la fiesta del Patrono, cuando Don Bosco congrega a los cooperadores para la conferencia anual. Nos encontramos ya en 1876. Don Stella resume el conjunto de acontecimientos y el sentido de los mismo que se desarrollan, a lo largo de todos estos años, en torno a la festividad de San Francisco de Sales:

Più che nella sequenza delle feste giovanile, Don Bosco cercò di dare importanza a S. Francisco di Sales tra i suoi collaboratori e sostenitori. I primi salesiani tennero riunioni importanti attorno alla festa del Santo Patrono alla fine di gennaio; in quei medesimi giorni nel calendario annuale, Don Bosco cercò di collocare in seguito gl'incontri dei direttori delle case salesiane. Tutto questo porta a confermare nell'idea che S. Francisco di Sales era un santo popolare e delle mase nella misura in cui ne era sentito il ruolo dalle élites colte e in particolare del clero¹⁵.

Las Constituciones salesianas fueron definitivamente aprobadas en 1874. El adjetivo salesiano aplicado, tanto a los colabora-

¹⁴ MBe VI, p. 257.

¹⁵ P. STELLA, *Don Bosco e S. Francesco di Sales: incontro foruito o identità spirituale?*, en *San Francesco di Sales e i salesiani si Don Bosco*, Roma, LAS, 1986, p. 150.

dores de Don Bosco, como a su Obra, sin embargo, era más bien restringido. Todo estaba bajo la protección del Santo Patrono, pero el nombre de «salesiano» no llega a generalizarse hasta 1877, fecha en que San Francisco de Sales es proclamado Doctor de la Iglesia por el papa Pío IX. En este año tiene lugar el primer Capítulo General de la Congregación, y se publica por la primera vez el «Boletín Salesiano». Desde esta fecha, todo cuanto hace referencia a la Obra de Don Bosco será reconocido como OBRA SALESIANA¹⁶. Lo que en un principio pudo ser nada más que una devoción personal del Fundador, es ya patrimonio de toda la Congregación y, más aún, de toda la Familia salesiana.

¹⁶ J. PICCA, *San Francesco di Sales nelle costituzioni e nei capitoli generali dei SDB, en San Francesco di Sales e i salesiani di Don Bosco*, pp. 271-287.

3. LA PRIMERA HORA DEL ESPÍRITU SALESIANO EN LA CONGREGACIÓN

Don Bosco sabe comunicar su entusiasmo desbordante y su devoción a San Francisco de Sales: su espiritualidad impregna toda su obra y está en el origen de uno de los pilares de la santidad juvenil: Domingo Savio. Tal vez copiándolo de Don Cafasso, Don Bosco había escrito una de las máximas de San Francisco de Sales en un cartelito que puso en la puerta de su habitación: «Da mihi animas, caetera tolle»¹⁷. La explicación de esta frase fue el inicio del camino de santidad del pequeño Savio¹⁸. Con el andar de los años, esta frase se convirtió en el lema de la Congregación Salesiana que figura en su escudo:

La Congregación no había elegido todavía un escudo oficial, según costumbre de todas las familias religiosas; como sello de la misma, se imprimía la figura de San Francisco de Sales envuelta en una inscripción latina que designaba la Pía Sociedad Salesiana. Sólo el día 12 de septiembre de 1884, Don Antonio de Sala presentó al Capítulo Superior el boceto del emblema salesiano, urgido a ello por una oportunidad de fijarlo en la iglesia del Sagrado Corazón de Roma entre los de Pío IX y León XIII. Lo había dibujado el profesor Boidi. Era un escudo, con un gran ancla en medio; a la derecha de ésta, el busto de San Francisco de Sales; a la izquierda, un corazón inflamado; arriba, una estrella resplandeciente de seis puntas; debajo, un bosque; y detrás de él, unas altas montañas; desde abajo, dos ramas, una de palmera y la otra de laurel, entrelazadas en el tallo, abrazan el escudo hasta la mitad. De la parte inferior, salía una cinta flotante que llevaba la leyenda: «sinite parvulos venire ad me».

¹⁷ Cfr. A. PEDRINI, op. c., p. 119. Carta de S. Francisco de Sales a la baronesa de Chantal de 29 de septiembre de 1608 (XIV,70) “De buena gana yo diría a quienes se interesan por las almas lo que S. Bernardo decía a sus novicios:” Solo quiero las almas y que no se mezcle el cuerpo en esto “ (Vida de S. Bernardo T.I CCIV, VI P.L 185). Este lema procede de la Biblia, Gen. 14,21.

¹⁸ MBe II, p. 396.

Se observó que esta leyenda ya había sido adoptada por otros. Don Julio Barberis propuso sustituirla por «templanza y trabajo» que le sugería el sueño de Don Bosco, en el que este binomio es propuesto cabalmente como lema o distintivo de la Congregación. Don Celestino Durando prefería «María Auxilium Christianorum, ora pro nobis».

Don Bosco solucionó la cuestión diciendo: «desde los comienzos del Oratorio, ya se adoptó un lema en tiempos del Convitto, cuando yo iba a las cárceles: DA MIHI ANIMAS, CAETRA TOLLE.» El capítulo aplaudió a Don Bosco y aceptó el histórico lema²⁰.

El «Boletín Salesiano» sería el instrumento adecuado para difundir el espíritu de San Francisco de Sales. Entre sus fines se proponía «avivar, entre los jóvenes y entre sus familiares, el amor al espíritu de San Francisco de Sales y a sus máximas, así como hacer de ellos apóstoles de los otros jóvenes»²¹. En ese mismo año, se hace una reedición de «El joven cristiano» que reproduce hasta cuarenta máximas del Santo Patrono.

La máxima de San Francisco de Sales -que ya Don Bosco conocía desde su época de seminarista- eran frases cortas, literales o algo modificadas, entresacadas de sus obras y que venían a recoger algunos rasgos de su rica espiritualidad. El obispo de Belley, gran amigo del santo de Ginebra, había publicado un libro sobre el «El espíritu de San Francisco de Sales» y que reproducía muchos de estos dichos, unas veces tomados de sus escritos y otros referidos como frases escuchadas directamente por el autor. Sin lugar a dudas, Don Bosco difundió muchas de estas frases salesianas en sus «buenas noches», conferencias y cartas, como en efecto nos

²⁰ J. PICCA, op. c., p. 280 (MB. XVII, 265)

²¹ *Epistolario*, IV, pp. 320-321.

consta²². Este espíritu salesiano era compartido tanto por los educadores como por los alumnos: «Vosotros, queridísimos míos, que habéis recibido en esta misma casa vuestra primera educación, os habéis empapado en el espíritu de San Francisco de Sales y habéis aprendido las reglas e industrias a emplear para la educación de la tierna edad, debéis suplir según vuestras fuerzas (...). Más, para triunfar con los jovencitos, proponedles firmemente tratarlos con buenos modos; haced que os amen y no os tema; decidles y convencidles que lo que deseáis es la salvación de sus almas; corregid con paciencia y caridad sus defectos...»²³.

En el año 1880, se celebra el segundo Capítulo General de la Congregación: Don Bosco insiste en mantener vivo el espíritu de caridad y dulzura de San Francisco de Sales²⁴. En una carta de 1883, fechada en la fiesta de San Francisco de Sales, Don Bosco escribía:

Nuestro dulce y querido San Francisco de Sales, bien lo sabéis, se había impuesto a sí mismo una regla severa por la cual su lengua enmudecería siempre que su corazón estuviese agitado: «temo perder en un cuarto de hora la poca dulzura que, poco a poco y durante veinte años, he conseguido reunir, como gotas de rocío, en el vaso de mi corazón»; una abeja emplea más tiempo en hacer poca miel que una persona en comérsela de un bocado²⁴.

Este espíritu inicial que viene a concentrarse en el celo apostólico, la mansedumbre y dulzura del Santo Patrono, irá tomando cuerpo en la vida de la Congregación, gracias a las paginitas que sobre el «Sistema preventivo» escribió Don Bosco²⁵. En este es-

²² Un ejemplo de estas «Buenas noches» pueden leerse en R. FIERRO. *Biografía y escritos de San Juan Bosco*, p. 584.

²³ MBe XIV, . 438

²⁴ *Epistolario*, IV, pp. 205-206.

²⁵ *Regolamento per le case della Società di San Francesco di Sale*, Turín 1877, pp. 3-13

crito, no se cita ni siquiera una vez a San Francisco de Sales, pero todo el sistema, basado en el clásico trinomio de razón, religión y amabilidad, vienen a ser a ser una glosa implícita del propósoto del misacantano Juan Bosco. La carta de Roma de 1884, que viene a ser una reivindicación del espíritu original del Oratorio de Valdocco, contiene una frase precisa que garantiza el estilo de la caridad reinante en la casa de Don Bosco: «la caridad de los que mandan y la caridad de los que deben obedecer hagan reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales»²⁶.

En la circular del 19 de marzo de 1885 que Don Bosco dirige a los salesianos para hablarles de la importancia del apostolado de la prensa, entre otras cosas, dice que «la difusión de los buenos libros es, precisamente, uno de los fines más importantes de nuestra Congregación». Esta carta no alude al apostolado de la pluma, que practicó Francisco de Sales, pero, al hablar del «Boletín Salesiano», vuelve a recordar que «entre otros fines, persigue también, éste: el de mantener en los jóvenes que vuelven a sus familias el aprecio por el espíritu y las máximas de San Francisco de Sales y el convertirse ellos mismos en salvadores de otros jóvenes»

²⁶ Atti del Cap. Sup. della Società Salesiana (1920), pp. 40-48.

4. DON BOSCO Y LOS ESCRITOS ESPIRITUALES DE SAN FRANCISCO DE SALES

Cuantos estudiosos se han acercado a la obra escrita de Don Bosco, observan inmediatamente que no hay correspondencia entre el entusiasmo que despierta la figura de Francisco de Sales y el conocimiento explícito que Don Bosco demuestra de sus escritos y de su vida²⁷. Un hombre práctico e intuitivo, como Don Bosco, tal vez no necesitara más para hacer de este santo su Patrono y darle su nombre a su obra apostólica. El parcial conocimiento que tenía era suficiente, como punto de partida, para impulsar una nueva espiritualidad en la Iglesia, inspirada en el conjunto del espíritu del Santo saboyano.

Aunque, en las «Memorias Biográficas», se alude en varias ocasiones a la lectura de la vida de San Francisco de Sales²⁸, y es probable que Don Bosco hubiera leído en sus años de seminarista la que escribiera el canónigo Gallizia en 1737, si embargo, no parece conocerla a fondo. Son muchos los hechos significativos de la vida del obispo de Ginebra que no son nunca referidos por Don Bosco, siendo así que eran de capital importancia para reafirmar su propia Obra. Así, por ejemplo, la labor catéquita del santo obispo, o la importancia que da a las escuelas y su trabajo por instaurar nuevas escuelas en Saboya, o sus muchas horas de confesonario o, por no citar otras, el hecho de haber fundado en la ciudad de Thonon una obra a la que llamó, precisamente, Oratorio.

Más importante aún que estos silencios son los que se refieren a la obra espiritual del autor de la Filoteca: «Introducción a la vida devota», «Tratado del amor de Dios» y «Conversaciones espirituales». Parecería más disculpable que no conociera las cartas, sermo-

²⁷ Cfr. Estudios ya citados de Don STELLA, Don Pedrini, etc.

²⁸ MBe XIII, p. 528; XIV, p. 421

nes y otros escritos tales como «Controversias» o «El estandarte de la cruz». Don Bosco trató muchos temas de espiritualidad, de los cuales, en las obras citadas, hay una amplia literatura salesiana que nunca se hace referencia explícita a la misma. Las mismas Constituciones de la Congregación no recogen citas explícitas sobre temas ampliamente tratados por San Francisco de Sales, ya sea sobre los votos, sobre la caridad, la oración o el mismo apostolado.

Todo ello nos induce a pensar que Don Bosco no manejó las obras espirituales del obispo de Ginebra y que tampoco tenía a mano una buena biografía. Vive bajo la fuerte impresión que le produjo, en sus jóvenes años de formación, la vida y espiritualidad del Santo, sin haber profundizado en el conocimiento del mismo. A esta misma conclusión han llegado otros estudiosos. Así, Desramaut dice que «el San Francisco de Sales que se ha impuesto a Don Bosco no fue el teórico del «Tratado del amor de Dios», de las «Conversaciones espirituales» o de la «Introducción a la vida devota» sino el apóstol lleno de celo y comprensión, del cual nos ha dejado trazado un retrato en su historia eclesiástica»²⁹. Don Aubry dice que «Don Bosco no parece que haya leído mucho las grandes obras del doctor del amor de Dios. Lo ha citado alguna vez. Ha expresado su plena concordancia con la doctrina de la «Introducción a la vida devota». Sobre todo fue atraído por dos expresiones de su figura moral, por un lado, su energía apostólica, su celo por las almas, por la defensa de la verdad, por la fidelidad al Papa y a la Iglesia católica, y, por otro, la dulzura evangélica en la forma de ejercer este celo»³⁰.

Don Stella, tras estudiar la relación entre ambos santos, viene a concluir que no se trata de una identidad espiritual y ni siquiera

²⁹ F. DESRAMAUT, *Don Bosco e la vita spirituale*, LDC Turín 1970, p. 627.

³⁰ J. AUBRY, *Escritos espirituales de San Juan Bosco*, Guatemala 1980, pp. 24-25.

de una dependencia, sino más bien de una «afinidad, con genialidad y devoción»³¹. Otro estudioso, Don Pedrini, que ha publicado un enjundioso libro sobre «San Francesco di Sales e Don Bosco», dice:

Più specificamente oltre che Dottore, luminare della teologia e dell'ascetica, lo vede «ammirando Patrono», «caro e mansueto», «mite e sapiente educatore dei cuori». Un modello da imitare, perchè ritenuto comunemente il santo «della mansuetudine e della pazienza»³².

Tal vez la conjugación de su gran entusiasmo y escaso conocimiento de la vida y espiritualidad de San Francisco de Sales llevara a Don Bosco a encargar a sus hijos que difundieran su vida y sus escritos:

Sentía el Beato la necesidad de que se conocieran la vida y las obras de San Francisco de Sales, pero le parecía que las biografías existentes no estaban al alcance de los muchachos y al nivel de los tiempos. Entonces invitó públicamente, en enero de 1876, a los primeros salesianos, a que compusieran dos: una destinada a la juventud y al pueblo, en un volumen pequeño, para poder tener muchos ejemplares en los colegios y en las sacristías; y otra, en dos volúmenes completos, tomados de los mejores autores y diligentemente elaborada, destinada a las personas instruidas. Era su deseo que la obra ayudase a aprovechar las enseñanzas del santo y poner en práctica todo lo que sirviera para confirmar los principios católicos en oposición a los del protestantismo. Y, una vez impresas la biografía, aspiraba a imprimir sus obras en una edición de fácil manejo; pero, mientras tanto, deseaba que se publicara rápidamente la «Filotea» en un formato cómodo, y retocándola de forma que pudiera presentarse «a la juventud y a las casas de educación». En cuanto a las Obras completas, quería que se publicaran íntegras³³.

Don Barberis, primer maestro de novicios de la Congregación, fue el autor de la vida de San Francisco de Sales propuesta a

³¹ P. STELLA, op. c., p. 157.

³² A. PEDRINI, op. c., p. 125-126

³³ MBe XI, p. 371.

la juventud³⁴ y Don Ceria se ocupó de las ediciones del «Teótimo» y de la «Filotea» que fueron publicadas en la tipografía de Valdocco en 1883 y 1884, aún en vida de San Juan Bosco³⁵.

En el primer Capítulo General de 1877, la tarde del 6 de septiembre, se habló de la predicación y de la importancia de tener un método común, sugiriéndose que se redactara una guía de elocuencias sacra, «escogiéndose especialmente los textos de los escritos de San Francisco de Sales»³⁶. En el V Capítulo General de 1889 se proponía que los novicios estudiaran la ascética propuesta por San Francisco de Sales³⁷, y en el VI Capítulo de 1892 se pidió que se preparara un libro de lectura espiritual, a la manera del célebre Padre Rodríguez, pero con textos de los escritos de San Francisco de Sales y ejemplos de su vida³⁸.

También, los Superiores generales de la Congregación han animado al conocimiento e imitación del Santo Patrono. Don Rua prima di dar congedo ai membri del Capitolo Generale, fece un'ultima raccomandazione: raccomando lo studio e la diffusione delle Opere di San Francesco di Sales. Tale studio servirà a completare le nostre cognizioni ad approfondire le nostre idee su punti di dottrina difficilissime: sarà ancora un mezzo efficacissimo per conservar fra noi lo spirito del nostro Fondatore e Padre Don Bosco, il quale tanto ebbe dell'indole e del carattere di S. francesco e tanto attinse dalle sue Opere. Questo studio d'altra parte ci si impone come un dovere: non deve essere un nome vano quello con cui D. Bosco volle chiamati i suoi figli : se siamo Salesiani, dobbiamo avere qualche cosa della mente e del cuore di S.Francesco di Sales,

³⁴ G. BARBERIS, Vita di S. Francesco di Sales, San Benigni Canavese 1985.

³⁵ cfr. E. VALENTINI, S. François de Sales e Don Bosco. Annecy 1955, t. XXIX, pp. 29-41

³⁶ Archivio Salesiano. Verbale I Cap. Gen., p. 68.

³⁷ Archivio Salesiano 042, Verbale V Cap. Gen.

³⁸ Archivio Salesiano 04, Verbale VI Cap. Gen.

ciò che solo potremo ottenere con la lettura assidua delle Opere del S. Dottore (atti e Deliberazioni del VIII Capitolo Generale della Pia Società Salesiana, S. Benigno Canavese, Scuola tipografica salesiana, 1899, pag. 163) Don Albera subrayado que «los principios educativos son los mismos (del Santo Patrono): caridad, dulzura, familiaridad, santo temor de Dios; prevenir e impedir el mal para no verse obligado a corregirlo»³⁹. Don Rinaldi insistía sobre la importancia del estudio de la teología para el clero, apoyándose en dichos y ejemplos de San Francisco de Sales: «la ciencia de un sacerdote es el octavo sacramento de la jerarquía eclesiástica. Las mayores desgracias han ocurrido cuando el arca de la ciencia ha venido a parar las manos levíticas»⁴⁰. También Don Ricaldone estimulaba a la lectura de las obras del Santo Obispo: «Una muestra de la devoción a nuestro Santo Patrono y titular consiste en leer sus escritos admirables, que tanto estimulan a la perfección religiosa y a la santidad cristiana: la «Filotea», el «Teótimo», las cartas espirituales... pueden construir un admirable alimento para nuestras almas»⁴¹.

Más recientemente, en circular del Rector Mayor de la Congregación, Don Egidio Viganó, se vuelve a hablar de la figura de San Francisco de sales, al hacer una presentación de la «espiritualidad salesiana para la nueva evangelización». Cuanto se dice está bien documentado, es suficientemente extenso e invita a una reflexión profunda para mejor vivir la verdadera espiritualidad salesiana. He aquí algo de cuanto se dice en esta circular:

A nuestra espiritualidad le damos el calificativo de salesianas. El término remite a San Francisco de Sales, una de las figuras más altas de la espiritualidad cristiana (...). Deseaba que los suyos vieran en el Santo

³⁹ Don ALBERA, Circolari, pp. 468-553.

⁴⁰ Don RINALDI, Circolari (1924), p. 496.

⁴¹ Don RICALDONE, La Pièta, pp. 266-269.

al pastor celoso y doctor de la caridad, como dicen las Constituciones, que asimismo precisan que con ello se proponía inspirarse en la bondad y en el celo del Santo, dando el primer lugar a las actitudes de afecto, alegría, diálogo, convivencia, amistad y paciente constancia, según el rico humanismo que había caracterizado la vida y la acción del infatigable obispo de Ginebra (...).

Considero que también para nosotros es importante subrayar este aspecto amplio y eclesial del calificativo de salesiana, a fin de restituir a San Francisco de Sales un puesto más conforme e influyente en nuestra espiritualidad, ya que es el doctor de la caridad pastoral, centro y síntesis de nuestro espíritu apostólico.

(San Francisco de Sales) hizo amable la práctica del Evangelio en el mundo, valorando todas las condiciones y estados; armonizó la interioridad con la actividad externa; dio importancia a lo cotidiano; luchó contra el rigor que caracterizaría al jansenismo; insistió en la necesidad, para todos, de una espiritualidad concreta (...)

Cuando hablamos de espiritualidad salesiana, sentimos que avanzamos, con San Juan Bosco, en una corriente espiritual, muy amplia, a la que San Francisco de Sales imprimió, de forma dinámica y encarnada, el sello supremo del amor peculiar de la caridad apostólica⁴².

⁴² Don VIGANÒ, Actas del Consejo General n.º. 334, oct.-dic. 1990.

**ÚLTIMO VIAJE Y MUERTE EN LYON
DE SAN FRANCISCO DE SALES**

La vieja estima que el duque de Saboya tenía del obispo de Ginebra había sido reforzada en la corte de Turín por la nueva amistad de sus hijos, los príncipes de Piamonte y, sobre todo, del cardenal-príncipe Maurizio de Saboya. Las buenas gestiones realizadas con anterioridad hacían de Francisco un personaje indispensable de cara a las relaciones exteriores de la soberanía de Saboya, particularmente con Francia.

En octubre de 1622, Luis XIII de Francia se había desplazado al sur de Francia para reducir a los últimos protestantes rebeldes, dejándoles por único refugio las plazas de Montauban y La Rochelle. Había sido una lucha victoriosa en la que había tomado parte el mismo rey, que contaba a la sazón de 21 años, al lado del gran mariscal Lesdiguières, ahora católico y condestable de Francia. Todos querían felicitarle por su empresa. Su hermana Cristina, princesa del Piamonte, también quería correr a su encuentro para felicitarle y para tener ocasión de encontrarse con sus familiares.

Nuevamente en la corte de Francia.

La corte de Turín decide preparar una gran comitiva en la que el propio duque soberano Carlos-Manuel estaría presente y en la que no podía faltar el obispo de Ginebra.

A finales de octubre llega un correo especial a las puertas del palacio episcopal, en Annecy, con la invitación del duque para que le acompañe en esta comitiva. Todos los familiares y eclesiásticos aconsejan declinar esta invitación, por la debilidad de salud del obispo. Pero Francisco está dispuesto a ir: era una ocasión propicia para obtener de Luis XIII algunos beneficios para las comarcas francesas de su diócesis. Además, el cardenal príncipe Maurizio se lo rogaba encarecidamente y él se sentía de alguna manera obligado también con los príncipes Tomás y Cristina, que habían promovido al episcopado a su hermano Juan-Francisco. Eran deberes de finura y elegancia personal que los demás no sabían valorar. La decisión estaba tomada: a pesar de su estado de salud, iría con sus soberanos a Avignon.

La mañana del 8 de noviembre el santo obispo va a la Visitación de Annecy para celebrar la Eucaristía. A la salida le espera la hermana Jacqueline Coste que se echa a sus pies llorando:

«-Pero, hija mía, he hecho tantos viajes y no os he visto nunca llorar en la despedida.

-¡Oh, monseñor!, el corazón me dice que éste será vuestro último viaje.

-Pues bueno, hija si no regreso, nos volveremos a encontrar de todas formas. Quédate en paz y ruega al Señor por mí»¹.

El cortejo episcopal se forma y le acompaña hasta Seyssel². Allí se despide de algunos notables de Annecy a quienes les dice: «dentro de poco vendréis aquí mismo a recibirme». Allí se embarcó en una pequeña nave para llegar a Belley, por el curso del Ródano. Su comitiva está formada por el vicario general, el canónigo de La Roche y sus inseparables George Roland, Michel y François Favre, así como George Pilliod. En Belley fueron recibidos por el obispo, Mons. Camus, gran amigo de monseñor de Sales.

A la mañana siguiente va a visitar a sus hijas de la Visitación. La portera no es otra que sor Simplicia que, como Jacqueline de Coste, se echa a sus pies llorando:

«-Pero, hija mía, ¿por qué lloras?

-¡Ah, monseñor! Lloro porque vais a morir este año.

-Pero ¿qué me dices, hija mía, que moriré este año?

-Sí, monseñor, pero os suplico que pidáis al Señor que esto no ocurra.

¹ CHAUGY, *Vie des premières religieuses...*, pág. 357.

² Oeuvres, t. XX, pág. 389.

-¡Ah,no!, no me pidas eso porque no lo haré. Mis piernas me pesan tanto que apenas pueden sostenerme. ¿No os gustaría, mi querida Simplicia, que me reposara ya de tanta brieda?»³.

El anuncio de su muerte por parte de estas dos almas sencillas de primera hora de la Visitación era todo un presagio. El obispo conocía los límites de su salud pero, fiel a su lema «nada pedir, nada rechazar», continuaba el viaje que sus soberanos le habían pedido tan afectuosamente.

El 10 de noviembre , por la noche, atraviesan Lyon apenas con unos minutos de parada para saludar a las hermanas de la Visitación de Bellecour. Allí estaba la madre Chantal, que se había desplazado desde Dijon para saludar al padre. Pero no fue posible una conversación personal en medio de tanta gente. Las hermanas y un grupo de amigos rodearon al obispo para saludarle y escuchar su palabra. Esta conversación entre Chantal y Sales tendría lugar unos días más tarde, a su regreso de Avignon.

En Valence visita a las hijas de la Visitación. Era el 11 de noviembre. Allí se le presentó un caso original. La viuda Mme. de Rouère, gran bienhechora de la Visitación y madre de sor Ana-María, quería entrar en el monasterio como novicia. Pero la superiora no lo creía oportuno porque la buena señora tenía 84 años: «ya era demasiado tarde». Monseñor reflexionó sobre el caso y dijo a la superiora: «Conviene que estudiéis bien el espíritu de nuestra Congregación: se ha fundado precisamente para jóvenes y ancianas, para sanas y enfermas, para fuertes y débiles». No en vano muchos contemporáneos acusaban a Francisco de Sales de habere fundado un hospiral en vez de un monasterio. Despúes, dirigiéndose a Mme. de Rouère le anunció que, a su regreso de Avignon, él personalmente le impondría el velo de novicia.

³CHAUGY, *op. c.*, pág. 35.

Pero el hecho no concluyó aquí. Hay algo más que refleja bien el espíritu del santo: llegado el momento de ingresar en la Visitación, aquella santa anciana dijo a monseñor: «Debo confesaros algo: creo que no hay rectitud de intención en mi decisión y que mi ingreso en religión tal vez se deba a un motivo demasiado humano: el cariño que tengo a mi hija de la que no me quiero separar». Francisco reflexionó un momento y, pausadamente le responde: «señora, la Santísima Virgen no hubiera subido al Calvario si su Hijo amado no hubiera estado allí crucificado. Nuestra pequeña Visitación está fundada sobre el mismo Calvario. También vuestra hija ha venido aquí para sacrificarse; no tengáis escrúpulos de conciencia, y uníos a ella e imitadla también»⁴.

El 15 de noviembre llega a Bourg-Saint-André y es recibido como un santo bajado del cielo: las autoridades deciden cantar un «Te Deum» solemne en acción de gracias por aquel inesperado don. Poco después llegan a Avignon y es recibido con idénticas muestras de júbilo. Las calles están engalardonadas, esperando a los reyes de Francia y a los soberanos de Saboya. Francisco aprovecha el tiempo en la espera: visita el colegio saboyano de Sainte-Cecile y va a Tarascón a visitar el santuario de Santa Marta.

Ocho días duraron las fiestas de Avignon en honor de los soberanos. La princesa del Piamonte pudo abrazar a su hermano Luis XIII y esperaba encontrar en Lyon a su madre y a su cuñada. Durante los días de esplendor Francisco procuraba pasar desapercibido haciéndose presente únicamente cuando así se lo pedía el cardenal Maurizio.

Ya de regreso, el 25 de noviembre, ocurrió una anécdota digna de ser referida. Llegando a Pont-Saint-Espirit la gente quería ver a Francisco de Sales, que tanta notoriedad había alcanzado en

⁴Année Sainte..., t. IX, pág. 129, cfr t. XI, Pág. 362.

Francia. Un gentil hombre calvinista se acercó y preguntó quién era aquel hombre que despertaba tanto interés del pueblo, a lo que François Favre respondió que se trataba del obispo de Ginebra. «¡Ah! -exclamó el calvinista-, si todos los obispos fueran como él, nuestra religión duraría poco porque todos se harían católicos»⁵.

El 27 estaba de nuevo en Valence, donde tuvo lugar la entrada en religión de Mme. Rouère. El gozo incontenible de esta generosa anciana le llevó a expresar su deseo de hacer previamente el noviciado. Aquella santa mujer fue una novicia más entre las novicias, hizo sus votos y murió de 103 años después de 18 vidas religiosa⁶.

En la Visitación de Lyon

El 29 de noviembre llega a Lyon. El cardenal de Marquemont estaba ausente, en Roma. Los grandes palacios estaban reservados para los reyes y primeros mandatarios. Los hoteles estaban las comitivas soberanas. Francisco no quiso aceptar ningún alojamiento oficial y prefirió alojarse con sus hijas de la Visitación. Tenían éstas, en la huerta, una casita para el jardinero. En la primera planta se había preparado una habitación para el confesor y fue allí donde se alojó el fundador el último mes de su vida. Todos le reprochaban que aquella habitación no era adecuada para él, no ya por su dignidad sino por su estado de salud. Pero él rechazó la oferta que le hicieron tanto los religiosos como los laicos. Muy cerca del monasterio vivía el intendente de justicia Jaques Ollier de Vermeuil, que le ofreció su palacio. El obispo prefirió estar en aquella humilde casita por donde desfilaron las personas más ilustres de la ciudad. «Se diría que nuestra casa de la Visitación, en estos días, era el lugar de encuentro de los hombres más santos, casi una corte celestial...»⁷. Por allí desfilaron el arzobispo de Bourges, el

⁵ Année Sainte..., t. IX, pág. 486.

⁶ Année Sainte..., t. IX, pág. 129.

P. Coton, sor Marie de Valence, superiores generales de distintas Órdenes religiosas. Los notables también acudían a visitarle: el gobernador de Borgoña duque de Bellegarde, el gobernador de Lyon marqués de Villaroi y tantos otros nobles de los distintos séquitos soberanos. Allí estaban sus hijas de la Visitación y allí tuvo lugar el último encuentro con la madre Chantal.

La madre Chantal hacía casi tres años que no tenía ocasión de hablar a solas con monseñor. Inmediatamente quiso hablarle de sí misma, de su dirección espiritual, como hacía antaño. Pero Francisco le respondió que de eso hablarían en otro momento. Ahora era preciso hablar de la Visitación. «Cuánto más rezo -le dice-, más veo con claridad que es voluntad de Dios que el Instituto permanezca simple y únicamente bajo las órdenes de la Santa Sede y de los señores obispos... porque, comprendedlo bien, nuestras hijas son hijas de la Iglesia»⁸. Este mismo pensamiento lo hacía más explícito, días más tarde, en conversación con la superiora de Lyon, la madre de Blonay: «Deseo que este Instituto no tenga por superior general nada más que a Nuestro Señor Jesucristo y a su Vicario el Papa; y que cada monasterio permanezca obediente a la jurisdicción de los obispos diocesanos... También quiero deciros que el monasterio que no reconozca nuestro pequeño Annecy con cordialidad y deferencia, con una dependencia de amor y un respeto de caridad que mantiene todo unido no será tampoco capaz de aceptar al Niño nacido en la pobreza de Belén...»⁹.

Francisco animó a la madre Chantal para que fuera a visitar a sus hijas de Grenoble y de Chambéry. Fue éste el último encuentro de esos dos grandes santos fundadores de la Visitación.

⁷ CHANTAL, op. c., t. V, pág. 80.

⁸ CHAUGY, Mémoires..., pág. 214

⁹ CHAUGY, Mémoires..., pág. 214

Mientras tanto, los males seguían aquejando terriblemente al santo obispo: cólicos, hemorroides, mala circulación, pesadez en las piernas... El frío de aquella habitación era insufrible: ¡no funcionaba la chimenea!

El 24 de diciembre Francisco se dirigió a la calle Neyret, al convento de los recoletos, para bendecir una cruz que había sido instalada en el jardín. La reina madre se lo había pedido personalmente y él no supo negarse. Allí cogió frío permaneciendo en pie largo rato. Celebró con júbilo la Misa de medianoche en la Visitación y, a la mañana siguiente, fue a confesar a los príncipes del Piamonte, a quienes celebró también la segunda Misa de Navidad. Ya de regreso en el monasterio se sintió sin fuerza para celebrar la tercera Misa, que dijo, después, en privado. Aquella misma tarde del día de Navidad debía ir al palacio de la reina madre para una celebración social, pero excusó su presencia porque le era imposible caminar.

La tarde del 26 tuvo con sus hijas la última conversación espiritual. Estas conversaciones comenzaron en el huertecito de la casa de la Galeria y concluían ahora al cabo de los años, en la casa del hortelano de Lyon. «Hijas mías, ha llegado el último momento; ya no tendré por más tiempo el consuelo de vuestras virtudes... que nunca os falte el amor de Dios... La perfección consiste en nada pedir y nada rechazar y en estar siempre preparadas para la obediencia»¹⁰. Las hermanas insistían en querer oír el último consejo: «¿Qué queréis que os diga?, mis queridas hijas. Ya os lo he dicho todo en estas dos palabras nada pedir, nada rechazar» (esto ocurrió en nuestro monasterio de Lyon la tarde del 26 de diciembre de 1622, la antevíspera de su muerte)¹¹.

¹⁰ Cfr LAJEUNIE, t. II, pág. 406.

¹¹ Conversaciones espirituales, texto conservado en el Monasterio de la Visitación.

La muerte del santo obispo

La mañana del 27 se confesó con el confesor del monasterio y celebró la Eucaristía con mucha dificultad. Escribió algunas cartas, pero su debilidad se acrecentaba por momentos y tuvieron que reclinarlo en el lecho. Entonces pidió a su vicario general que recitara el «Credo», al que él añadió: «si hubiera cien o mil religiones en el mundo, sólo consideraría verdadera la santa Iglesia católica apostólica y romana en la cual quiero morir»¹². Una afirmación muy similar habían sido las últimas palabras de Teresa de Ávila: «quiero morir hija de la iglesia». A medianoche empeoró la situación y se le administró el sacramento de los enfermos, respondiendo con lucidez. A la mañana siguiente, día de los Santos Inocentes, los médicos aplicaron la ciencia y la técnica de su época: cataplasmas, botones de fuego, sangría... pero todo en vano. En medio de tantos dolores, ni un grito, ni un gesto de angustia. A Pierre Pernet le rogó que recitara el salmo: «mi corazón y mi carne retozan de alegría en presencia del Dios vivo». Después entro en agonía. Serían las ocho de la tarde del 28 de diciembre de 1622 cuando el santo obispo de Ginebra expiró. Este santo obispo de Ginebra tuvo que resignarse a vivir siempre en el exilio, en su querida «Nessy». Llegado el momento de su muerte, un nuevo exilio, lejos de Anney, en Lyon, fue su última morada.

La madre Chantal estaba ausente y no le dieron la noticia hasta el 6 de enero, cuando oficialmente una carta del obispo coadjutor, Jean-François de Boisy, le comunicaba el deceso del fundador y padre. La madre se encontraba en Grenoble y, en el mismo momento de la muerte, oyó como unas palabras que decían «ya no está con nosotros», pero no supo a qué se referían esas palabras. «Cuando Mons. Michel Favre me entregó la carta de Mos. de Ginebra -escribe la madre Chantal- el corazón parecía desbocado;

¹² CHARLES-AUGUSTE, op. c., t. I, pág. 214.

me puse en presencia de Dios para aceptar su voluntad, porque suponía que aquella carta me traería un gran sufrimiento. Entonces comprendí aquellas palabras escuchadas en Grenoble: “ya no está con nosotros”. Me puse de rodillas y lloré amargamente durante todo el día e incluso la noche hasta que, después de la Comuni3n experimenté una gran paz y dulzura, tranquilizándome al saber que, por la divina voluntad, ya gozaría de la gloria de la que gozan los santos...»¹³.

La ciudad de Lyon, conmovida, desfilaba por aquellas humildes habiaciones, para decirle el último adiós al obispo preclaro y amado por su doctrina espiritual y por el encanto de su mansedumbre. Se hacían ya los preparativos para conducir el cadáver a Annecy, cuando apareció el intendente de justicia, Ollier, par impedirlo por explícito mandado del rey. El cadáver se quedaría en Francia, a no ser que el testamento del difunto dispusiera de otra manera

La Visitación de Lyon gozó de aquella orden y el pueblo se unió a su alegría, pensando que permanecería para siempre entre ellos. Se buscó el testamento en Annecy. Los días pasaban y la multitud seguía acudiendo a la Visitación, quién para obtener alguna reliquia, quién para impetrar alguna gracia por intercesi3n de tan santo obispo.

La forma de santidad

La fama de sanidad se difundía por toda la regi3n. Los sa- boyanos reclamaban el cadáver de su obispo. Por fin aparece el testamento: era voluntad de Francisco, si moría en Annecy, ser enterrado en la capilla de la Visitación; si moría de viaje, lo dejaba al arbitrio de sus acompañantes. Bastó esto para que inmediatamente el vicario general y los can3nigos dispusieran el traslado del cadá-

¹³ CHANTAL, po. c., t. II, pág. 573.

ver a Annecy, recordando aquellas palabras del obispo en su despedida: «Dentro de poco vendréis aquí mismo a recibirme».

Los sucesos prodigiosos comenzaron pronto. El viernes 28 de abril la niña de 9 años, Françoise de la Pesse, cae a las glaciales aguas del Thiou y muere ahogada. Tres horas había permanecido en el agua y el médico testificó -tras un minucioso exámen- la muerte absoluta. Su madre acudió a la tumba del santo obispo pidiendo la vida de su niña. Hacia las cinco de la tarde la niña vuelve a la vida; más tarde se hace religiosa de la Visitación y en el proceso de canonización pudo relatar los hechos de los que ella misma había sido protagonista¹⁴.

Un caso similar ocurrió en la parroquia de Villaz: un niño de 14 años, Jerome Gemin, cae de un precipicio al río y se ahoga, permaneciendo ocho horas en el agua. La putrefacción había comenzado ya a aparecer cuando acuden para enterrarlo. Mientras lo amortajan, el niño vuelve a la vida. Más tarde llega a ser sacerdote y canónigo y es también él mismo quien declara en el proceso de canonización: «Cuando volvía a la vida, el siervo de Dios vestido de pontifical, con su rostro resplandeciente y mirándome fijamente con dulzura... me dio la bendición y desperté sorprendido, al verme con aquella camisa y junto a mí unas parihuelas»¹⁵.

¿Muerte prematura o muerte madura? El juicio de los hombres considera prematura cualquier muerte. Francisco, en efecto, no contaba nada más que 55 años, tenía un amplio proyecto sobre la literatura espiritual y había organizado una amplia misión popular en su diócesis, que todavía no se había llevado a cabo. También quedaba en el proyecto de los hombres la posibilidad de su presencia pastoral en la diócesis de París. Sus hijas de la Visi-

¹⁴ Cfr Archivos de la Visitación, P. 2 vol. III, 24.

¹⁵ Cfr LAJEUNIE, t. II, pág. 411.

tación contaban con él para que las acompañara en la función de otros monasterios... Cualquier muerte es prematura, porque siempre quedan muchas cosas por hacer en esta vida.

El proyecto de Dios no coincide con el de los hombres. Francisco estaba maduro para presentarse ante Dios y pasar a la historia de la Iglesia como un preclaro obispo que había tomado en serio la reforma de Trento; había contribuido, como nadie, en obras tan específicas como la evangelización del Chablais, la orientación espiritual de los laicos, la fundación de una Orden religiosa y la reforma de no pocas. Dejaba a la Iglesia el tesoro de su espiritualidad y el encanto de su dulzura pastoral: «si yo supiera que en mi corazón quedara todavía una brizna de amor al mundo, querría que mi pecho se abriera en dos para dejar escapar ese falso amor». Nos ha dejado el testimonio de una vida que buscó y alcanzó el más puro amor de Dios.

